

PENROSE Y LA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DE SU *PICASSO*

ENRIQUE LAFUENTE FERRARI

Roland Penrose: *Picasso. Su vida y su obra*. Barcelona, Argos Vergara, 1981. Traducción de Horacio González Trejo. 454 págs. con 4 + 28 láminas con ilustraciones.

El libro de Roland Penrose, el amigo inglés de Picasso, se publicó en primera edición en inglés en 1958. El libro tuvo excelente acogida y de él se hicieron varias ediciones en Inglaterra y América. La última, de 1971, llevaba tres capítulos más. Ahora, en 1981, se publica la obra en español, con un epílogo en el que se recogen los últimos días del artista y su entierro, su casi secreto y solemne entierro en Vanvenargues. El nombre del gran moralista francés y la silueta del Monte Saint Victoire, ligado a Cézanne, velarían por la tumba del gran pintor nacido en Málaga, al cobijo de Gibralfaro.

La obra de Penrose, excelente *manual* de Picasso, ha demostrado su vigencia y su utilidad a lo largo de más de veinte años. En esta edición española se revalidan sus títulos de exposición suelta, de libro resumen de la vida y la obra del pintor, en el que los datos, las creaciones y la barroca y a la vez rectilínea existencia del artista se ofrecen valorados por la amistad personal del autor con Picasso y el íntimo conocimiento de su producción. No tiene prejuicios nacionalistas, ni políticos, que con tanta frecuencia asoman la oreja en otros libros sobre el pintor. Da

su parte a los entresijos biográficos que tantas veces contribuyen a entender y a explicar la caudalosa producción del artista. Y viene a ser oportuna su traducción en este año de centenario en que el nombre de Picasso va a estar en perpetua actualidad. Entre nosotros ha aparecido en edición castellana también el *Picasso vivo* de Palau y Fabre, que es un verdadero monumento de erudición picassiana, que contribuirá enormemente a aclarar puntos menos entendidos de la complicada existencia de Picasso en sus años iniciales, con precisiones, documentos e ilustraciones que enriquecen el acervo picasiano y que no podrán dejar de ser tenidos en cuenta. Ambos libros, el de Palau y el de Penrose, parecen desconocer algunas aportaciones bibliográficas de trabajos que, por aparecidos en Madrid, suelen ser menos tenidos en cuenta por autores catalanes o extranjeros. Me referiré, por ejemplo, al libro del sobrino de Picasso Ricardo Huelin Ruiz Blasco, titulado *Pablo Ruiz Picasso*, que, basándose en testimonios familiares de primera mano, ofrece una atractiva e interesante panorámica del linaje del pintor en sus anteriores generaciones, recorrido que tiene un valor

singular para el que quiera penetrar a fondo en la etopeya del artista.

El libro de Penrose es pobre en cuanto a la ilustración, pero no puede pedirse más a lo que he denominado de *manual*, y, por otra parte, la documentación gráfica sobre la obra del genial artista es tan frecuente y está tan a mano de cualquier lector curioso que no precisa de mayor abundancia para recordar, en el

pequeño tamaño de las ilustraciones, las obras o las épocas que marcan jalones en la carrera del artista.

Los libros que salen a luz y las exposiciones que llenarán este año con sus catálogos documentales, como el de la recién inaugurada exhibición en Madrid de la obra gráfica del artista, servirán para familiarizar más a los españoles con la figura y la obra del gran desterrado.

LA RED TERRORISTA

STANLEY G. PAYNE

Claire Sterling: *La red terrorista (The Terror Network)*. Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1981.

Las discusiones relativas al carácter «internacional» del terrorismo que desde hace un decenio azota a Europa Occidental, Oriente Medio y algunas zonas de Latinoamérica se intensificaron en 1980, centrándose en sus puntos de origen y complicidad, así como en sus interconexiones entre organizaciones terroristas en diferentes países, y especialmente en la importancia de la ayuda y estímulo soviéticos. Aunque durante los años setenta algunas personas hicieron oír su voz ocasionalmente para referirse públicamente a la cooperación entre varias organizaciones terroristas y a la actividad promocional que a este propósito ejerce la Unión Soviética, por lo general quedaba ignorada enteramente esta dimensión del problema. La prensa, los medios de comunicación, la mayoría de los comentaristas privados y los gobiernos de los países que padecen la plaga del terrorismo solían referirse a las actividades de los grupos terroristas en términos de política nacional y en procesos internos individualizados. Hasta 1980 no saldría a la luz la interconexión existente entre los más importantes grupos terroristas y se esclarecería la amplitud del papel soviético en este campo. Ni siquiera se publicó un estudio que abordara con amplitud y profundidad la situación global dentro de una perspectiva internacional.

Por esta razón, el nuevo libro de Claire Sterling constituye un importante acontecimiento periodístico y político de considerables dimensiones. Se trata del primer gran intento de estudiar el terrorismo como fenómeno internacionalmente relacionado. Esta obra se está publicando casi simultáneamente en seis idiomas y en ocho países por lo menos. De una manera casi proporcional a su campo de difusión, el documento recoge tanto alabanzas como críticas. Para muchos, el libro de Sterling constituye una «revelación». Un atrevido y animoso esfuerzo realizado por una periodista de primera clase y gran reputación que expresa la verdad acerca de la plaga política del decenio. Para los críticos, sin embargo, se trata de un trabajo «exclusivamente periodístico» elaborado en parte sobre la base de rumores y alegatos. Evidentemente no es el producto de un investigador profesional, sino la obra de un periodista. Pero es también un periodismo de alta calidad, escrupuloso, firme, perspicaz, analíticamente coherente fundamentado en una amplia gama de fuentes, primarias y secundarias. Por otra parte, los gobiernos de Italia y España han corroborado importantes aspectos del material presentado desde la conclusión del libro.

Puede afirmarse que Claire Sterling ha

escrito una obra de gran alcance sobre el arranque del terrorismo contemporáneo y su desarrollo en cada país, donde ha asumido proporciones considerables, centrándose en el aspecto de las relaciones, los incentivos y las bases del apoyo. Considerando como red internacional, algunos de los grandes rasgos del terrorismo pueden resumirse como sigue:

1) Derrocado Khushchov, el nuevo gobierno Brezhnev de la Unión Soviética se aplicó a promover el potencial del terrorismo en el extranjero, y en un año aumentó diez veces el presupuesto dedicado a este fin.

2) La Unión Soviética no actúa como una «Tercera Internacional» de terroristas situados totalmente bajo control soviético, no suele subvencionar directamente las actividades terroristas y por lo general no asume responsabilidades directas en lo que concierne al entrenamiento y suministro. En la mayoría de los casos, los campos internacionales de entrenamiento para terroristas se encuentran en regímenes soviéticos satélites (Cuba, Checoslovaquia, Yemen del Sur), que son los canales a través de los cuales llegan las armas, si bien la mayor parte de ellas proceden de fuentes bajo control soviético. Otros promotores del terrorismo se encargan frecuentemente de la entrega de fondos, como el dictador libio Qaddafi (que proporciona a este fin asignaciones de hasta varios millones de dólares), o son los mismos terroristas quienes obtienen el dinero valiéndose del robo, la extorsión y el secuestro. Aunque generalmente compuestos de marxistas, los grupos terroristas suelen tener libertad para elegir sus objetivos, realizan sus propios planes de funcionamiento y actúan con relativa independencia.

3) Uno de los principales puntos de arranque de la internacionalización del terrorismo fue la Conferencia Trilateral celebrada en La Habana en 1966, en la que se reunieron componentes de la extrema izquierda procedentes de numerosos países, y que condujo a la apertura de campos de entrenamiento para terroristas bajo control soviético en diversos países comunistas hacia principios de 1967.

4) Un segundo paso de importancia fue el establecimiento de una vigilancia 'soviética más directa del régimen de Cuba en 1968 como consecuencia de las graves dificultades económicas experimentadas por este país. Esta medida facilitó el empleo de mandos cubanos como grupos de entrenamiento en cierto número de países.

5) En casos excepcionales, como el de Turquía, los especialistas soviéticos intervinieron directamente y establecieron bases de entrenamiento en el mismo territorio turco.

6) El principal objetivo soviético era la desestabilización de las democracias consideradas como más débiles del Mediterráneo —Italia, España, Turquía e Israel— para acelerar la estrategia soviética y los intereses políticos.

7) En lo que concierne a España, las dos ramas de ETA quedaron involucradas en la red internacional terrorista iniciada por la Unión Soviética. Lógicamente, ETA-Militar está mucho más implicada que la rama de los Poli-milis. A comienzos de los años setenta, el KGB inició su táctica de infiltración en ETA-Militar.

8) La dimensión y la psicología de «detenté» sirvió de excelente tapadera a la red internacional. Como por lo general —no siempre— la actividad soviética actuaba indirectamente a través de segundas partes, los gobiernos democráticos se mostraron durante años reacios a enfrentarse ante los hechos y abandonaron el desafío a la política soviética.

La obra de Claire Sterling contiene, sin duda, algunos detalles que exigirán ciertas correcciones, pero globalmente resulta de gran claridad y ofrece pleno crédito. Cabe afirmar que el nuevo Gobierno español de Calvo Sotelo tiene muy pocas dudas acerca de la naturaleza del problema del terrorismo, y en el momento de escribir estas líneas, España es el único Estado que lo ha estudiado seriamente, respondiendo a la intervención soviética con un endurecimiento de sus relaciones. Como firme conclusión de este análisis se deduce que solamente una acción vigorosa y concertada puede tratar con eficacia el problema del terrorismo internacional.

LOS DISIDENTES DEL ESTE VISTOS POR LA IZQUIERDA

JAVIER TUSELL

Fernando Claudia: *La oposición en el socialismo real. Unión Soviética, Hungría, Checoslovaquia, Polonia: 1953-1980.* Madrid, Siglo XXI, 1981; 390 págs.

La «nueva filosofía francesa» ha señalado, y probablemente le corresponde la razón, hasta qué punto el ideario de los disidentes socialistas del Este constituye una esperanza de renovación para los principios del liberalismo, y ha contribuido a renovar la confianza de la intelectualidad del mundo occidental en los fundamentos en los que se basa. La verdad es, sin embargo, que en España la influencia intelectual de estos disidentes solamente se ha apreciado en parte por circunstancias políticas desde hace muy poco tiempo. Cuando, por ejemplo, Solzhenitsyn hizo en la Televisión Española unas sonadas declaraciones acerca de política en los últimos momentos del franquismo, fue violentísima, criticada en los medios de izquierda, o aún levemente progresistas, por su identificación con soluciones que tenían mucho de autoritario de aún de un manifiesto tradicionalismo. En el momento actual, la actitud de los disidentes rusos sigue en buena medida sin ser comprendida en España, sobre todo en los medios de izquierda tradicional. Sólo ha influido y ha sido aireada por personas procedentes del Partido Comunista una vez que lo han abandonado, pero no ha producido un alejamiento de las posturas políticas en el seno de este partido como consecuencia de la lectura de los textos de esos disidentes.

Probablemente ahí reside la importancia del libro de Fernando Claudín sobre la disidencia en la Europa del Este. Fernando Claudín, antiguo miembro del Partido Comunista y figura de la mayor relevancia en la escisión, que en 1964 marginó del partido a Jorge Semprún y a Francisco Vicens, es sin duda alguna el intelectual marxista de más merecido prestigio en nuestro país. Sus libros sobre la historia del movimiento comunista a partir de 1945, publicados por Ruedo Ibérico, o su crítica al eurocomunismo, aparecida

hace algún tiempo en la Editorial Siglo XXI, nos muestran a un pensador a la vez preocupado por problemas relativamente infrecuentes en el pensamiento español, quizá por ser más provinciano y capaz de evolucionar con el transcurso de los tiempos y el planteamiento de nuevas circunstancias históricas. El lector que conozca libros anteriores de Fernando Claudín percibirá, en efecto, una crítica cada vez más acentuada al modelo de los países del Este en este su último libro.

Fernando Claudín aborda una descripción detallada del fenómeno de la disidencia del Este en cuatro países. Son desde luego las más significativas, pero quizá se echa en falta el caso de Rumania, donde la disidencia ejerce una influencia creciente. No es caso de narrar pormenorizadamente qué es lo que significa esa disidencia y cuáles han sido las alternativas con el transcurso del tiempo. Lo que quizá, sin embargo, tiene interés es percibir hasta qué punto se produce una similitud de evolución en todos los países. En efecto, la oposición nace en círculos intelectuales y en muchas ocasiones con una vinculación más o menos directa con las estructuras políticas del régimen. Se pretende originariamente hacer cambiar al régimen desde sus propios presupuestos, pero a medida que transcurre el tiempo se produce un distanciaamiento creciente con respecto a ellos, hasta el extremo de llegar al repudio del marxismo. Al mismo tiempo hay una creciente extensión social del movimiento disidente. Originariamente reducido a tan sólo unos cuantos cenáculos, con el paso del tiempo afecta a una gran porción de la sociedad civil, y empieza incluso en determinados países a convertirse en un movimiento de masas.

Sin hacer una descripción detallada de la evolución de la disidencia en todos estos países, quizá pueda merecer la pena

dedicar algún espacio a las características de cada uno de ellos. Dentro de las pautas ya indicadas, se puede decir que el movimiento disidente ruso tiene en su seno cuatro sectores diferentes, e incluso contrapuestos, eme ofrecen una imagen bastante abigarrada de lo que significa la protesta contra el régimen. Hay en primer lugar lo que Claudín denomina como «los demócratas del partido», como, por ejemplo, Medvedev. Su tesis se puede resumir brevemente diciendo que pretenden el mantenimiento del papel dirigente del Partido Comunista, mientras que propugnan alguna reforma de tipo liberal, tanto en el terreno político como en el terreno económico, pero sin alterar las estructuras del régimen y, por tanto, también sin sufrir persecuciones excesivas. Los socialistas, con el paso del tiempo, han visto reducirse su influencia de forma significativa. Normalmente propugnan soluciones que tienen que ver con los consejos de obreros y mantienen alguna fórmula de marxismo, aunque desde luego muy lejos de la ortodoxia actual del régimen. Un papel creciente a medida que iba pasando el tiempo lo representa la postura simplemente liberal de, por ejemplo, un Sajarov. Su programa político contiene desde luego una voluntad claramente des-nacionalizadora no sólo de la producción industrial, sino también de la agricultura. En él, sin embargo, lo fundamental reside en la defensa política de los derechos del hombre, incluso a nivel internacional. Por eso, Sajarov será partidario de la distensión entre Este y Oeste, pero en unas condiciones tales que haga imposible que se convierta en un juego político sin principios y del cual necesariamente será beneficiaria la Unión Soviética. Finalmente está la oposición antidemocrática, de la cual la figura más conocida sería Solzhe-nitsyn. Pretende la vuelta a un mundo autoritario en el que la influencia de la religión sea predominante y se traduzca de forma directa en la sociedad y en el que la reforma social quede fundamentalmente reducida al ejercicio de un pater-nalismo caritativo.

En la Unión Soviética, el papel de disidencia intelectual no es muy grande y no ha trascendido a masas importantes de población, aunque hayan existido protes-

tas puntuales de mayor o menor importancia. En otros países del Este, el movimiento disidente ha llegado a todas las zonas y a todas las capas sociales del país. Los resultados han sido muy diversos. El caso de Hungría puede ser definido como el de un compromiso entre las estructuras todavía estalinistas del régimen y la realidad de una cierta adaptación o compromiso con el mundo disidente. En Checoslovaquia, el movimiento originariamente fue intelectual, mezclándose luego con factores nacionalistas y llegando a la denominada «primavera de Praga de 1968». En ella fue la indecisión de los dirigentes comunistas soviéticos la que provocó, por un lado, la autodestrucción del movimiento y la intervención rusa. En cuanto a Polonia, los factores de índole religiosa, el nacionalismo y la mezcla de una influencia intelectual en parte de izquierda junto con un sindicalismo nuevo, alejado por completo de las estructuras del marxismo leninismo, ha provocado un fenómeno peculiar y probablemente el más significativo de cuantos han tenido su origen en esa disidencia rusa. Ha sido la mezcla entre factores tan diversos como la oposición laica y la religiosa, el movimiento sindical y el intelectual lo que ha provocado el triunfo de una nueva situación a pesar de ello enormemente inestable en Polonia. Es característica de lo sucedido en este país que los disidentes hayan procurado sobre todo el renacimiento de la sociedad civil más que luchar en contra del régimen político existente. Y es curiosa también la comparación que alguno de esos disidentes, como, por ejemplo, Michnik, ha efectuado con respecto al caso español. Dice Michnik que existe una posibilidad de «vía española» para el cambio de régimen semejante a la que produjo la transición de la dictadura a la democracia en nuestro país. Sucede, sin embargo, que es mucho más difícil pasar de un régimen autoritario conservador a la democracia que de uno comunista.

Pero vayamos a las conclusiones del libro de Fernando Claudín. Desde luego, Claudín empieza por señalar lo poco que se sabe de España acerca de esta oposición y lo mucho que dependerá de ella el futuro intelectual de los países del Occidente europeo. Con frecuencia, la iz-

quierda ha juzgado este movimiento como algo más o menos vinculado con el reaccionarismo, cosa en la que Fernando Claudín, con toda la razón, no está de acuerdo. Una segunda conclusión, que representa al tiempo un paso «n la evolución ideológica de Claudín, es la concepción de los regímenes de la Europa del Este no como desviaciones del marxismo-leninismo, sino más bien como dictaduras en sentido total, incluso en un sentido más propio que lo que fueron las nazis y fascistas, en cuanto que éstas permitían la subsistencia de otros poderes sociales, como eran el religioso y el del capitalismo. En ambas conclusiones hay que estar, por supuesto, de acuerdo con la opinión de Claudín.

Pero permítase la discrepancia en la tercera conclusión. La tesis de Fernando Claudín viene a ser la siguiente: en estos países se puede producir, efectivamente, el advenimiento del socialismo, es decir, de un régimen que unía la propiedad colectiva de los medios de producción con las libertades políticas. En este tipo de régimen se produciría la confluencia de la libertad con la solidaridad social. Pero

este tipo de régimen no tiene sólo como enemigo a un marxismo-leninismo esclerotizado y traducido en dictaduras totalitarias, sino también al mundo occidental, que se debe sentir necesariamente temeroso porque se demuestre la confluencia posible entre propiedad colectiva de medios de producción y la libertad.

Y en eso es en lo que no se puede estar de acuerdo con Claudín. El afirma que en todo caso la llegada de la libertad no producirá una especie de recaída en el capitalismo, sino el definitivo advenimiento de la utopía socialista. La realidad es, probablemente, que dicha confluencia no se ha producido nunca, y que precisamente la evolución de algunos intelectuales de la disidencia, como, por ejemplo, Sajarov, demuestran un deseo de volver no sólo en el terreno puramente político, sino también en el social a los principios estrictos del mundo liberal. Si se produce el estallido de la libertad en la Europa del Este, lo que en consecuencia parece que también deberá producirse es la homogeneización (no sin características peculiares) con la identidad democrática de Europa Occidental.

MURILLO EN EL UMBRAL DEL III CENTENARIO DE SU MUERTE

ALFONSO E. PÉREZ SÁNCHEZ

JOSÉ MANUEL PITA ANDRADE

Diego Ángulo Iñiguez: *Murillo. I: Su vida, su arte, su obra. II: Catálogo crítico. III: Láminas.* Madrid, Espasa-Calpe, 1981.

Estamos, quizá, ante una de las monografías más deseadas, por necesaria, de cuantas pueda ofrecer la bibliografía artística española. Obra de larga incubación, el maestro de buena parte de quienes ejercen de un modo u otro la historia del arte en España ha ido dedicando a ella gran parte de su trabajo en estos veinte últimos años de su vida fecunda, todavía felizmente activa y lúcida.

Una serie de azarosas y desdichadas dificultades editoriales ha ido retrasando su aparición hasta 1981, aunque, como se

adverti en las breves palabras preliminares, la información bibliográfica tomada en consideración, y seguramente la redacción del texto, se cierran en 1976.

Esa accidentada peripecia editorial y la evidente atención con que era esperado ha determinado, incluso, la pintoresca —y en cierto modo significativa— circunstancia de que antes de su aparición real haya sido recogido ya en bibliografías generales e incluso se hayan publicado, en revistas de amplia circulación, sumarias —y elogiosas— recensiones.

El monumental trabajo se presenta, por fin, bajo la forma tradicional, y casi convencional, de una monografía clásica en tres volúmenes: uno de texto, donde se recoge «su vida, su arte, su obra»; otro con el «catálogo crítico», y un tercero de láminas, donde el lector encuentra un amplio repertorio de reproducciones de la obra del pintor, verdadero y rigurosísimo *corpus* gráfico de la producción muri-llesca.

El porte editorial no es, quizá, el más atractivo. Ni las cubiertas, de dudoso gusto, ni la pobre calidad de las reproducciones de color ayudan, en un tiempo de lujosas y exquisitas ediciones de libros de arte, a hacer especialmente gratos los tres voluminosos tomos.

Pero, con todo, el lector que se adentra por las densas páginas del primer volumen se encuentra lleno con lo que tanto hemos esperado todos: con una visión nueva, viva, actualizada y rigurosa del pintor que, en nuestra patria y en el mundo, ha conocido la más compleja, oscilante y sorprendente «vida de la fama» que imaginarse pueda. Famoso en vida, incluso fuera de España, cuando nuestros artistas eran apenas conocidos más allá de los límites de su ciudad; exaltado hasta el rango de los semidioses, a la par de Rafael o Correggio en el siglo xvii y los primeros años del xix, pagándose entonces por sus obras los precios más espectaculares, comienza, en las últimas décadas de ese siglo, el declinar de su estimación, que culmina quizá en los primeros años del nuestro, cuando se acumulan sobre él las más violentas acusaciones de banalidad, sensiblería, vulgaridad, aunque quede casi siempre a salvo, como una concesión a lo evidente, su calidad de colorista y la habilidad de su técnica.

Maltratado más que por los críticos por la proliferación de los cromos devotos que reproducían, traicionándolas, sus composiciones piadosas, la imagen que la primera mitad de este siglo xx formó de Murillo no podía ser menos grata. La acumulación de atribuciones erróneas, de copias mediocres o de toscas imitaciones ajenas a su arte, enturbiaron, además, su imagen. No se le miraba, e incluso, si alguien fijaba los ojos en él, no «veía» la obra del artista, sino la tópica imagen

cromolitográfica tantas veces repetida. Y —lo que es aún más grave— cuando las preocupaciones sociológicas invadieron la crítica, quiso verse, a su través, con absurda superficialidad, una cierta burguesía hipócrita y mezquina que encarnaba, en su egoísta devoción sentimental, una reprochable «ceguera» frente a la realidad auténtica de una España en crisis.

La necesidad de una revisión de Murillo, desde otras ópticas más equilibradas, desde una mejor información, desde una más rigurosa perspectiva histórica y desde un más ajustado conocimiento de su verdadera significación —tanto formal como social y psicológica— se ha ido evidenciando en los últimos lustros. Inteligentes atisbos e intuiciones valiosas, desde Ortega y Gasset al propio Longhi, iniciaron ya un retorno a una más serena y positiva valoración del artista.

Este libro viene a culminar este proceso y a situar al gran maestro sevillano en el lugar que verdaderamente le corresponde: uno de los primeros de nuestra pintura y aun de toda la europea de su siglo, intérprete de un mundo bien significativo y, como muy bien subraya Angulo, especialmente dotado para «presentir las aspiraciones estéticas del siglo xviii».

Tras este trabajo no será posible ni el superficial ditirambo piadoso, ni el desdén displicente y de buen tono. Murillo emerge de estas páginas con una corporeidad, con una fuerza de evidencia avasalladora. Y no es el menor valor de esta monografía ya clásica el que vayamos viendo «hacerse» al pintor fundido armoniosamente con su ambiente. Angulo, sevillano, si no de nacimiento, sí de consciente elección, ha seguido al pintor en su peripecia humana y ha estructurado los capítulos de la biografía según los frecuentes cambios de domicilio del artista, lo que le permite evocar con sobriedad y contención, pero con eficacia admirable, la vida entera de la ciudad desde 1618 a 1682.

La imagen de Sevilla en los años en que fue escenario de la vida de Murillo se nos muestra preñada de miserias. Tras el auge del siglo xvi ahora pesan sobre la ciudad los más diversos azotes con la terrible peste de 1649 y el hambre que se agudiza cuando se apaga la vida del

pintor. La despoblación y los reveses económicos no impidieron, sin embargo, una carrera _ artística desarrollada con brillantez, bajo el patrocinio de la Iglesia, que fue la menos afectada por las crisis. No se olvide además aquello que dijo don Manuel Gómez-Moreno de que «el arte se nutre del despilfarro».

Así, entre signos contradictorios, se van cubriendo las etapas de la existencia de Murillo, a través de los barrios o «colaciones» sevillanas. La primera, hasta 1647, se centra en la colación de la Magdalena (en cuya iglesia fue bautizado el 1 de enero de 1618), evocándose la infancia junto al monasterio de San Pablo. Se suceden los datos, rigurosamente cribados, sobre los padres y hermanos (tuvo hasta catorce), sobre la orfandad a los nueve años, en que pasa a vivir con una hermana, sobre la tentación de un viaje a Indias y su aprendizaje con Juan del Castillo. Queda en pura hipótesis el viaje a Madrid en 1642. La boda (1645) y el primer encargo importante para el claustro chico de San Francisco completan esta etapa.

Entre 1648 y 1663 se inscribe la vida de Murillo en las colaciones de San Isidoro y San Nicolás, con la vecindad de conventos como el de la Madre de Dios. El viaje a Madrid de 1658 (documentado por doña María Luisa Caturla) incita a imaginar a los cuatro grandes de nuestra pintura del siglo xvii, Velázquez, Zurbarán, Cano y Murillo, reunidos en la Casa del Tesoro un día de verano. Los primeros trabajos para la catedral y el empeño por la creación de una Academia que acabó cobrando vida en 1660 dan «un poco de calor humano» a esta etapa, utilizando palabras del mismo Angulo.

El penúltimo período, enmarcado en la colación de San Bartolomé entre 1664 y 1680, es pródigo en acontecimientos familiares y en triunfos artísticos. Murillo se queda viudo, se acogen a la vida religiosa sus hijos Francisca María, Gaspar y José, mientras Gabriel se va a Indias. Por otra parte, ahora se realizan los grandes conjuntos de Santa María la Blanca, de los Capuchinos y del Hospital de la Caridad.

El último bienio de la vida de Murillo (1680-1682) discurre en el bellissimo ba-

rrío de Santa Cruz y en el orden artístico se plasma en el retablo para los Capuchinos de Cádiz, con la noticia de la caída del andamio, aunque Angulo sospecha que el accidente tendría lugar en Sevilla. Apoyándose en los datos suministrados por los inventarios reconstruye el último hogar con el estrado, el dormitorio, el comedor, la cocina, el estudio con sus cuadros y la librería.

Era difícil sustraerse a la tentación de glosar las 170 páginas dedicadas a ofrecer la vida de Murillo, inmersa en una ciudad como Sevilla, que se nos va mostrando a través de su pequeña historia, en un cuadro que llega a calar hondo en la sensibilidad del lector. Pero la monografía contiene otras facetas sustanciales para conocer al artista como tal, dentro de su entorno pictórico, calibrando los contactos personales con sus contemporáneos (pocos, realmente, pueden considerarse coetáneos) y viendo en qué medida influirían en su obra. Así van desfilando los nombres de su maestro Juan del Castillo, «que debió enseñarle el dominio del dibujo y el manejo de los colores»; de Roelas, muerto en 1625 cuando sólo tenía ocho años, pero que le sugeriría los fondos de gloria, ricos de color, en sus años juveniles. Zurbarán le enseña, en cambio, «a crear personajes terrenales de volúmenes netos y bien definidos y a individualizar el modelo». En contadas ocasiones se manifiesta la huella del bronco Herrera el Viejo. Mucha más importancia tiene la de Velázquez, penaando sobre todo en el viaje a Madrid de 1658: «A su manera..., Murillo interpreta en sus últimos tiempos esa degradación de los colores y esa pérdida de precisión en las formas en que fue maestro no superado Velázquez.» De esta forma se van apuntando contactos de la más diversa índole. Los nombres de Alonso Cano, de Cara-vaggio, de Guido Reni, de Anfbal Carraci, de Assereto, de Ribera, de Herrera el Mozo, de Tiziano, de Rubens, de Van Dyck y de otros flamencos van desfilando para calibrar en qué medida nos explican facetas del estilo de Murillo.

Sin desconocer la importancia de todas las huellas que se observan en Murillo, resulta capital el análisis de su personalidad artística basándose en el dibujo y

movimiento, en la luz y en el color, en la técnica, en el naturalismo, en los temas..., sin insistir demasiado en la pretendida evolución del estilo (bajo los términos de frío, cálido y vaporoso), muy del gusto de la crítica del siglo pasado y que se plasmó en los catálogos de Ma-drazo del Prado entre 1872 y 1907.

La presencia de ayudantes (que no dañaron la originalidad de su obra, ni hacen pensar en un gran taller a la manera de Rubens), el temprano reconocimiento de copistas e imitadores ya en vida, nos lleva de la mano hasta un importante capítulo dedicado a historiar la fama del maestro. La celebridad alcanzada por Murillo no ya en Sevilla o en España, sino fuera de la Península, constituye uno de los aspectos más dignos de tenerse en cuenta para justipreciar su puesto en la pintura europea desde el siglo xvii al xix. Antes de su muerte hay testimonios fehacientes del prestigio conseguido en el Norte o en Italia. Su fama se difunde al grabarse su autorretrato en Amberes el mismo año de su muerte y no hay que decir hasta qué punto creció durante el xvm (sobre todo en Inglaterra) y la primera mitad del xix. Tras un descenso se inicia la revalorización que supo intuir Ortega y Gasset cuando escribió en 1943: «Puede predecirse que Murillo será considerado de nuevo un gran pintor.»

Entrando en el estudio concreto de las obras, ha sido un gran acierto (dentro de un criterio cronológico) compaginar el análisis de los grandes conjuntos con el de los temas que hicieron fortuna, como las Vírgenes con el Niño, las Concepciones o los asuntos profanos. Es materialmente imposible glosar los comentarios que se hacen en cada caso, con observaciones importantes desde el punto de vista iconográfico y estilístico. Con ello se agota solamente el tomo I, cuya lectura depara grandes satisfacciones.

El fruto continuado de muchos años

de trabajo se plasma con notas específicas en el tomo II, que contiene el catálogo. Con gran copia de datos que se acercan a lo exhaustivo, *analiza* con todo* el aparato crítico necesario cada lienzo anotando sus vicisitudes, réplicas y copias. Son bien conocidos los riesgos y dificultades que entraña la elaboración de las papeletas, siendo además Murillo uno de los artistas más copiado e imitado. La probidad científica de don Diego Ángulo se pone de manifiesto en este segundo volumen, en el que se consideran, de un modo u otro, más de 3.000 obras, distribuidas en dos grandes apartados. En el primero se registran las que se consideran originales hasta un total de 448 números. Sorprende que resulte tan crecida la nómina de este apartado. En el segundo, con texto a dos columnas, se consideran las «obras discutibles» hasta alcanzar el número 3.085. Con la bibliografía y los índices de propietarios de cuadros, de series y de temas concluye el segundo tomo. El tercero contiene 680 ilustraciones, principalmente de pinturas,, con algunas reproducciones en color.

Se han sobrepasado en este comentario-los márgenes normales de una recensión. Pero pensando que nos encontramos en el umbral del tercer centenario de la muerte de Murillo, resulta indispensable poner el mayor énfasis en todo lo que contribuya a renovar su imagen. No sólo para medir mejor el trascendental papel que jugó en el arte de su tiempo, sino para ahondar en el conocimiento de nuestro siglo xvii, tan cargado de rasgos contrapuestos y tan necesitado de nuevos análisis en profundidad.

La gran exposición que se proyecta celebrar el año próximo, teniendo como escenarios las salas del Museo del Prado y de la Royal Academy de Londres, contribuirá también a esa revalorización presentida por Ortega hace casi cuarenta años.

EL A, B, C DE LA NUEVA POLÍTICA EXTERIOR AMERICANA

JAVIER TUSELL

Norman Podhoretz: *Ce qui menace le monde*. París, Éditions du Seuil, 1981; 124 págs.

En el último número de *Cuenta y Razón* se publicaba un artículo, originariamente aparecido en una revista norteamericana, del especialista Richard Pipes que podía ser considerado como uno de los inspiradores del giro que en la política exterior norteamericana se va a producir •después de la elección de Reagan. La revista se denomina *Commentary*, y su director es el autor de un pequeño librito recientemente traducido al francés y que vamos a comentar en estas líneas. De ella se deduce que realmente el cambio producido en la política exterior norteamericana no es el simple producto (como •desde versiones tendenciosas se ha querido señalar) de un carácter peculiar de los nuevos dirigentes norteamericanos o de su significación política, sino que obedece realmente a toda una respuesta a la política exterior de la Unión Soviética y a su imperialismo creciente.

Desde 1947, la política exterior norteamericana en relación con la Unión Soviética fue de «contenimiento», y su más destacado teórico se llamó George Kennan. La tesis de Kennan era que resultaba preciso, mediante una acción prudente y constante, evitar la extensión del poder soviético por todo el mundo. Sus tesis fueron mantenidas en los Estados Unidos hasta la presidencia de Kennedy. Precisamente éste, en un discurso inaugural, señaló que los Estados Unidos estaban dispuestos a enfrentarse con los riesgos económicos y materiales que fueran precisos para evitar el eclipse de la libertad, la democracia y la esencia más íntima de las instituciones norteamericanas en el mundo.

Pero lo que destruyó este tipo de ideario sobre política exterior fue la guerra del Vietnam. No solamente fue un fracaso en cuanto a sus propósitos y objetivos, sino que además engendró en los propios Estados Unidos una profunda duda acerca de la honestidad de su propia política exterior y, como consecuencia, también

en la política interior un profundo disgusto acerca de las propias instituciones norteamericanas. Con Nixon ya no se trataba de lograr el «contenimiento» de los rusos, sino más bien, siguiendo el espíritu de la «distensión», de tratar de evitar que los avances soviéticos, absolutamente evidentes, fueran a una velocidad desmesurada. En este sentido, Podhoretz establece la comparación entre el secretario de Estado norteamericano Kissinger y el político austríaco Metternich. A uno y a otro les tocó vivir las últimas fases de un imperio, y la habilidad del segundo como la del primero consistió en tratar de retrasar al máximo lo que ya se imponía como una evidencia.

La presidencia de Carter supuso un paso más. El nuevo presidente parecía haber pensado que la antinomia entre el mundo occidental y el Este soviético estaba destinada a ser superada por una antinomia entre países desarrollados y países que no lo eran (entre el Norte y el Sur en vez de entre el Este y el Oeste). La realidad ha demostrado que muchos países del Tercer Mundo, carentes de instituciones que puedan ser calificadas de democráticas, colaboran con el mundo del Este incluso como peones en el seno de una estrategia global. Carter pretendió, ante el derrumbamiento del régimen del Sha en Persia, que había que reaccionar con «madurez». En realidad, tanto la caída del Sha como la invasión de Afganistán demuestran un paso más en el avance soviético, que es producto de la superioridad lograda en armamento durante los años inmediatamente anteriores.

Podhoretz describe la situación presente de la política exterior norteamericana hasta la llegada al poder de Reagan como un conjunto de extraños complejos y frustraciones. Se ha venido a considerar ya el propósito de autodefensa como necesariamente una provocación a los rusos; se

ha pasado de la escasa confianza en las instituciones propias a un cierto antiamericanismo, que ve conspiraciones de la CIA en todas las partes y en todos los momentos; se ha engendrado un nuevo aislacionismo como consecuencia de la derrota del Vietnam, e incluso se empieza ya a juzgar como simplemente imposible la réplica atómica contra el expansionismo soviético.

Contra todas estas tesis, Podhoretz esgrime la realidad del nacimiento de un nuevo nacionalismo. En el momento actual, los norteamericanos ya parecen dispuestos a superar la parálisis que les hacía no mantener la competitividad con respecto a los rusos en los temas de ar-

mamento. Pero sobre todo Podhoretz señala que se debe tener en cuenta que esa competitividad se basa en la antinomia de sistemas políticos diferentes. China puede jugar un papel en la política internacional como contrapeso del poder soviético, pero siempre habrá de tenerse en cuenta que lo que en el fondo se juega es una distancia abismal entre sistemas políticos, y lo que en definitiva está en peligro y en riesgo evidente es toda una forma de vivir, la de las democracias occidentales.

¿Vuelta a la guerra fría? Las tesis de Podhoretz parecen más bien una vuelta a algo más sencillo y elemental: a la valentía de ser capaz de defenderse.

DEL NACIONALISMO A LA IDENTIDAD TERCERMUNDISTA

JOSÉ ANDRÉS GALLEGO

Gurutz Jáuregui Bereciartu: *Ideología y estrategia política de ETA. Ana-lisis de su evolución entre 1959 y 1968.* Madrid, Siglo XXI, 1981; 491 págs.

El fenómeno del terrorismo etarra desconcierta también cuando se intenta entenderlo; porque se trata en parte del resultado de una actitud de respuesta popular, por una sociedad económicamente desarrollada, frente a otra más pobre a la que, sin embargo, se atribuye una acción opresora. En términos de respaldo económico, la relación de fuerzas es justamente la contraria de la que se percibe en los nacionalismos corso, bretón o irlandés.

El libro de Gurutz Jáuregui no es un libro de sociología ni economía; de manera que no es su pretensión responder a esa paradoja. Es un estudio sobre la formación y evolución de la ideología del movimiento, basado en buen acopio de impresos clandestinos de la organización, que se conservan afortunadamente en la biblioteca del monasterio de los benedictinos de Lazcano.

Desde este punto de vista, el doctrinal, hay en la obra de Jáuregui una idea latente, esbozada aquí y allá, que empieza

a responder a aquella paradoja de que hablaba antes. Y es que la ideología de ETA va conformándose por la adopción de la fraseología anticolonialista, que en su caso presenta a Euzkadi a modo de colonia de España y Francia y, en consecuencia, justifica y exige la táctica guerrillera propia del Tercer Mundo.

Esa adopción no es, por otra parte, arbitraria, sino que viene a ser una formulación actualizada del pensamiento sa-biniano —de 1900—, imbuido en la concepción de Vasconia como país ocupado.

Pero si esta idea germina y da lugar a ETA y a su historia es porque actúa, a veces con una inoportunidad pasmosa, un segundo factor latente, que es el franquismo: la política de represión del hecho cultural vasco, sorprendentemente protagonizada por los mismos políticos que procuraban el desenvolvimiento económico de aquellas tierras.

Sobre estos carriles, el libro desgana pormenorizadamente la historia ideológica

de los años 1959-1968. Recuerda que Arana deja a su muerte, a comienzos de nuestro siglo, un legado doctrinal ambiguo; porque, en momentos diversos de su vida, se manifiesta independentista y españolista, y da pie, por tanto, a que en el PNV se forme una corriente intransigente y otra moderada y se cree el hábito de indecisión programática que llega a nuestros días.

Como organización, la prehistoria de ETA está en EGI y en EKIN, dos grupos que se forman en 1952, el primero como rama juvenil del PNV y el segundo como cristalización de las preocupaciones de un puñado de universitarios bilbaínos, que pretenden tan sólo ahondar en el estudio de la realidad vascongada para elaborar un proyecto político. Los hombres de EKIN y los disidentes de EGI forman en 1959 ETA, que centra la actividad de sus primeros tres años de vida en la misma línea culturalista.

Esta primera ETA se aparta ya del nacionalismo sabiniano en dos primeros puntos capitales: la religión, al propugnar el aconfesionalismo, y la raza, al sustituir el racismo biológico por la afirmación —menos comprometida científicamente y más amplia— de la peculiaridad étnica (en último término, cultural). Y sienta un tercer principio capital, que consiste en la voluntad de hacer (el activismo de que habla Jáuregui), abandonando la mera propaganda verbal.

Desde 1962, el esfuerzo se centra en buscar el modelo de acción adecuada, que empieza a hallarse en la guerrilla tercer-mundista, como resultado de una situación colonial, con la aparición del libro *Vasconia*, de Krutvig (1963).

No es, sin embargo, una asimilación incontestada, porque en el movimiento etarra sobreviven fuerzas distintas y porque en la propia obra de Krutvig el ruralismo de los nacionalistas tradicionales cede el paso a la conciencia de hallarse

en una sociedad industrializada, lo que, además de generar otro motivo de incoherencia y tensión interior, contribuye a introducir en ETA, desde el mismo año 1963, y sobre todo en su V Asamblea (1966), la preocupación obrerista. Es, dice Jáuregui, una opción inoperante: la táctica tercermundista de lucha armada se hace incompatible con el recurso al proletariado como agente de la revolución. Es de esos días, no obstante, la asimilación del socialismo como meta a lograr y la reinterpretación de la realidad vasca como lucha de clases, con cadencias marxistas, en rigor más nominales que ortodoxas.

En la conclusión, Jáuregui esboza la continuación de esta trayectoria ideológica más allá del límite de su estudio, hasta 1975. Es un período de escisiones: los que propugnan la conversión de ETA en un verdadero partido de la clase trabajadora, concebida y orientada como protagonista real, se imponen en la VI Asamblea (1970), pero acaban por separarse y constituir ETA VI, que luego se unirá a la Liga Comunista Revolucionaria.

Otros hay que van a un leninismo más estricto y que marginan el nacionalismo, como algo ajeno a los intereses del proletariado. Son las Células Rojas, que también abandonan ETA y se aglutinan en la revista *Saioak*.

Queda ETA V —por alusión a la V Asamblea—, mantenedora de la simbiosis de tercermundismo y obrerismo, que se rompe también: su Frente Obrero, inevitablemente soslayado, se separa y constituye LAIA (*Langile Abertzale Ira-ultzaileen Alderdia* = Partido de los Trabajadores Patriotas Revolucionarios), y lo que aún queda se escinde en ETA-Militar y ETA-Político Militar, apenas separadas por otra cosa —según parece— que por una intuición estratégica que lleva a los segundos a sacar más partido de la combinación entre lucha armada y acción de masas.

LA ESPAÑA QUE NO BOSTEZA

RICARDO MONTORO

Pedro Laín Entralgo: *Más de cien españoles*. Barcelona, Editorial Planeta, 1981; 373 págs.

Pedro Laín Entralgo es, en sí mismo y por muy diversas razones, una excelente atalaya para contemplar al modo reflexivo profundo lo sucedido en nuestro país en los últimos decenios. Su indiscutida personalidad intelectual —autor de no pocas obras de índole humanística—, así como su presencia activa, protagonista de significativos sucesos ocurridos años atrás en el mundo universitario-cultural, le hacen aparecer como un excelente y oportuno crítico y comentarista de lo que va sucediendo.

Pedro Laín es un maestro del pensamiento hispano. Y su libro que aquí comentamos está referido, una vez más, a ese mismo pensamiento y cultura españoles. *Más de cien españoles*, entresacados a lo largo de todo el siglo xx, y puestos aquí para ser comentados en breve espacio de letras y agudo criterio intelectual. Más de cien hombres embarcados en aventuras de pensamiento —cada cual a su manera—, amigos del autor —también de múltiples formas, y que, como el mismo autor señala, «ni son todos los que están, ni están todos los que son»—. Están, eso sí, una lista tal de nombres que entre sí componen una miscelánea —siempre incompleta, todo hay que decirlo— representativa de lo cultural hispano. Desde Benito Pérez Galdós hasta Antonio Gala, pasando por un sinnúmero de nombres como Unamuno, Luis Diez del Corral, Zubiri, Casona, Rosales, Rodrigo Uría y tantos otros más. Una galería inacabable —no en vano Laín promete, si la aventura editorial resulta estimulante, publicar otro volumen con «otros cien españoles más»— que da pie a que el autor extraiga de viejos papeles o elabore sobre la marcha comentarios, unos actuales, otros con sabor de lo pasado, en torno a esos hombres. Probablemente, sin más pretensión que la de referirse a ellos de

alguna forma, aunque sea de pasada. Sin ninguna tonta ambición de «explicar nada» en tan breve espacio. Es una especie de recuento, que la pluma y la vivencia de Laín Entralgo se encargan de dar altura e interés. Comentarios algunos personales —en el sentido de persona a persona—; los más, en el terreno de la crítica literaria, el comentario sociológico, el análisis cultural o político. Depende. Como quien cuenta un recuerdo de café, o un artículo de revista literaria, o una conferencia que homenajea. Todo ahí, todo revuelto, todo referido a un montón de españoles significativos.

Por eso es interesante el libro. Por ser un recuerdo —incluso del presente—; y por ser también motivo para recoger el material que Laín colocó en fichas o folios aparte, guardados en carpetas que son difícil de ordenar, y donde muchas veces el que piensa está metiendo la mejor sustancia de su cultivo intelectual. Ahí está el interés de la obra. Porque el libro tiene lo que se podría denominar «un alto nivel». En no ser colección de anécdotas y chascarrillos, muchos de ellos usados gratuitamente o de relleno, sino más bien todo lo contrario: reflexión intelectual sugerida por el principio de convivencia; como dice el mismo Laín: un libro «notarial», sin más valor objetivo que el mostrar que el autor «vive conviviendo».

Un excelente ejercicio intelectual para enseñar, una vez más, lo que estos españoles son. Y a través de algunos de sus mejores cerebros. Una ambición, una muy noble ambición: darle la vuelta a la dogmática afirmación de que «mis amigos son los mejores», para dejarla en esta otra que reza: «Que los mejores sean mis amigos»: *Arnica ventas, sed etiam am'icus Plato*.

EL LIBRO DE LOS FILÓSOFOS

HELIO CARPINTERO

A. Ayer, A. Naess, K. Popper, J. Eccles, N. Chomsky, M. Foucault, L. Ko-lakowski, H. Lefébvre, F. Elders: *La filosofía y los problemas actuales*» Madrid, Editorial Fundamentos, 1981.

Parece que Chestertori decía que, antes de admitir un nuevo huésped en una pensión, sería menester investigar su filosofía. Sólo así se podría tener una aproximada idea de la nueva persona.

Mucho más urgente sería el tratar de establecer con alguna precisión cuál es la «filosofía» de la época que vivimos y lo que puede aclarar acerca de las cuestiones que nos preocupan.

El libro que comentamos hubiera podido tratar la cuestión derechamente, pero ha preferido hacerlo de modo oblicuo. Un proyecto cultural de la Fundación Radiodifusora Holandesa realizado en 1971, y ahora presentado al lector español con algún retraso, nos trae la palabra viva, espontánea, improvisada en ocasiones, de ocho filósofos, o mejor, intelectuales, organizados en cuatro diálogos sobre algunos temas de reflexión.

De este modo nos encontramos en una experiencia singular ante el ejercicio vivo e inmediato de unas mentes filosóficas urgidas por la pregunta inmediata, por la réplica no prevista en el marco de un diálogo, que ha sido una y otra vez una forma privilegiada de existir la filosofía. El diálogo, la disputa, la discusión, el debate, han permitido una y otra vez la reflexión filosófica como crítica de ideas, la aparición de un espacio personal de creación e innovación en el marco de unas convicciones convertidas en hábitos y unas creencias generalizadas.

Cabría esperar muchas y nuevas ideas de este puñado de relevantes cabezas puestos a discutir sobre este mundo y el otro. Pero más bien lo que hay en estas páginas es un sumario autorizado y personal de algunas de las tesis más conocidas y divulgadas de sus autores, unido a ciertos intentos por retraducir a un lenguaje propio ideas ajenas, para admitirlas o rechazarlas. Y en ese sentido, este libro no presenta nuevos pensamientos;

en cambio hace ver qué tipo de cosas se piensa sobre algunos temas de nuestro tiempo.

Ayer y Naess, un filósofo británico analítico y otro noruego más o menos existencialista, dialogan sobre el conocimiento, la verdad y el escepticismo, la mente y la acción. Popper, el gran filósofo inglés de la ciencia, nacido en Viena, y Eccles, neurofisiólogo Premio Nobel ahora en Estados Unidos, hablan sobre la ciencia, el conocimiento, la mente y alguna fisiología. Chomsky, el lingüista americano, y Foucault, historiador del pensamiento, hablan de la mente humana, su creatividad, su dependencia de estructuras sociales, con salidas hacia las cuestiones de la política y la justicia. Finalmente, dos marxistas expulsados de la ortodoxia comunista, uno polaco, Kolakowski, y otro francés, Lefébvre, dan varias vueltas a la función social del pensamiento, la ciencia y los valores, el marxismo y el cristianismo, el intelectual y la crítica. Sin duda, esta síntesis es extremada, y como tal un tanto injusta con el libro. No obstante, permite advertir la tendencia dominante en estas conversaciones, tendencia que tal vez sea también dominante en el mundo de los filósofos actuales. El tema que unifica los demás es el tema antropológico. Lo que sabe el hombre y lo que no puede saber, los valores que le guían, los compromisos que acepta o se le imponen, parecen ocupar el primer lugar en la preocupación que planea sobre este libro.

Ahora bien: quién sea el hombre y cuál su verdadera realidad son problemas que los interlocutores del libro dejan en una discreta penumbra sin respuesta. Para Ayer, el yo es misterio, y la mente, su puesta estructura última de la subjetividad humana, lo es igualmente; Naess replica que todos los seres vivientes «son en última instancia uno solo», lo que no

esclarece el asunto, sino que aumenta su oscuridad: Eccles, que empezó cuestionándose sobre su yo, hoy predica la unicidad de cada sujeto, que debería desarrollarse al máximo, desde una esencia que radica en el cerebro —«el resto del organismo, dice, es meramente un aparato de succión»—. Por su lado, Popper sugiere que el hombre es el lugar de mundos nuevos, mundos que van más allá del mundo físico o Mundo Uno, y corresponden al mundo subjetivo (Mundo Dos) y al de las creaciones humanas (o Mundo Tres); pero la faena de contar los mundos no responde a la pregunta sobre el hombre mismo. Chomsky se atreve a hablar de una naturaleza humana que tendría mecanismos organizativos innatos, defiende la creatividad y una sociedad libre y anarquista, apoyada en la «simpatía» y la justicia, que son emociones buenas, y nos previene frente a los sistemas de poder centralizado, que tienden «a maximizar... el instinto de rapacidad, de destrucción...»; en cambio, Foucault disuelve al sujeto en reglas y estructuras generales cual si la mente fuera un complejo sistema de rejillas y cuadrículas adquiridas. Al final encontramos los dos marxistas, uno de

los cuales nos incita a cambiar la vida y pensar en lo «posible» como nuevo» concepto clave (Lefévre), y otro nos advierte que bajo toda la ciencia humana late siempre otra perspectiva distinta e irreducible, la mitológica, y que entre unos valores y otros el hombre puede elegir, pero sin un último fundamento-(Kolakowski). ¿A dónde ha ido a parar nuestra inquietud por el hombre? Coma dice el romance: «con la grande polvareda / perdimos a don Beltrane».

Dejan estos filósofos a su paso una tremenda nube de palabras. También una inequívoca incertidumbre queda flotando-en el ambiente. Las cosas y las preguntas tienden a difuminarse, a perder su contorno neto, y se vuelven cómodas de manejo e inasequibles a una definición. Y el lector, al cabo, comienza a dudar.

Tal vez este libro, limitado en aquella que nos ofrece dicho —o mejor, escrito—, cobra su mejor figura cuando se lo ve como lo que es, una disputa de grandes cabezas ante unos problemas radicales para cualquier hombre de hoy, que dejan el campo abierto a la inquietud personal, que ha de ganarse con su esfuerzo sus evidencias.

UN MUNDO PERDIDO

RICARDO MONTORO

John Kennel Galbraith: *La era de la incertidumbre: Una historia de las ideas económicas y de sus consecuencias*. Barcelona, Plaza y Janes, 1981; 319 págs.

Galbraith siempre es una novedad. Su nombre, su obra, sus ideas siempre llaman la atención —aunque, como es lógico, no siempre convengan a todos—. Él es un economista; y un hombre importante, influyente, informado. De todos es conocido. Incluso, de él se puede decir que ha superado la barrera de los especialistas en materia económica, y que ha dado el salto hacia la «popularidad». Galbraith es leído y comentado por círcu-

los muy amplios de la población. Sus obras, por tanto, están publicadas en nuestro país por editoriales con suficiente solvencia popular. De Galbraith se habla en muchas partes, y sus libros son rápidamente traducidos al castellano con el fin de no perder vigencia. Y ante «lo último de Galbraith» nos encontramos. Lo último en castellano, se entiende. Un trabajo publicado originalmente en inglés en 1977, aunque su génesis y desarrollo to-

davía son más complicados y lejanos. El mismo autor lo cuenta con detalle al comienzo y al final del trabajo, y dado su interés, dado que conociendo el «porqué» y el «cómo» podremos conocer mejor el alcance, vale la pena que nos refiramos brevemente a ello. Se trata, en pocas palabras, del material elaborado, ordenado y puesto bajo la forma libresca, de un conjunto de sucesivos ensayos hilvanados uno con otro que Galbraith preparó a lo largo de varios años, contando a partir de 1973, para que, una vez manipulados por técnicos de la BBC inglesa y convertidos en guiones, pudiesen servir de soporte a una serie televisiva que narrase para el gran público una suerte de historia de las ideas económicas o sociales.

Rellenando el proyecto anteriormente citado y buscando un principio orientador —de todo lo que Galbraith escribiría después bajo la forma —totalmente heterodoxa— de «historia de las ideas», surgió el sugerente título de la obra. El principio al que nos referimos define al pensamiento económico-social del siglo XIX como un pensamiento acomodado a esquemas de grandes certidumbres; donde «los capitalistas estaban seguros del éxito del capitalismo; los socialistas, del socialismo; los imperialistas, del colonialismo; y las clases gobernantes sabían que estaban hechas para gobernar». Todo lo que, en opinión de Galbraith, hemos perdido actualmente. De ahí el título *La era de la incertidumbre*. Lo que caracteriza a nuestro pensamiento contemporáneo, a nuestra realidad misma, puesto que el autor parte del liecho de que, explicando las ideas que

iluminaron los distintos momentos históricos, podremos explicar los hechos que ocurrieron.

Este es, pues, el aire del libro que traemos hoy aquí. Un aire más de divulgación, de poner por lo sencillo lo que podría ser complicado hasta límites extraordinarios. No es, pues, una «nueva aportación» al uso de otros trabajos ya clásicos de Galbraith. Su importancia descansa en lo divulgativo, en la pluma de su autor —pese a que la traducción no sea siempre lo oportuna que debiera ser— y en la misma metodología del trabajo.

Efectivamente, Galbraith no se ha limitado a una exposición fría —aunque fuera divulgatoria— de esa «historia de las ideas». Al hilo de su argumentación van multitud de comentarios anecdóticos, recordatorios que enriquecen sobremanera el libro, que le dan la impronta personal de Galbraith. Por eso comenzamos este comentario como lo hicieron: la importancia de la personalidad de Galbraith se multiplica sobremanera en un trabajo de este porte. El libro se convierte, pues, en un documento. Muy al uso de la «ligereza televisiva» norteamericana. Y también muy al uso norteamericano es el hecho de encontrar un título altamente sugerente y llamativo que hace la boca agua al posible lector —futuro lector— y que luego le deja, cuando termina la última página, con la miel en los labios. Y pensando que una de tres cosas: o no ha querido, o no han podido, o no han sabido responder a tan majestuoso cabezal. Pero en el fondo siempre la gran figura de J. Galbraith.

TRAS LAS HUELLAS DE NUESTRO ANTICLERICALISMO

OCTAVIO RUIZ MANJON-CABEZA

Julio Caro Baroja: *Introducción a una historia contemporánea del anticlericalismo español*. Madrid, Istmo, 1980.

Los estudios sobre el pasado reciente de nuestro país no han prestado al fenómeno de los sentimientos religiosos la atención que merecían.

No es que no los hayan tenido en cuen-

ta, sino que precisamente por tenerlos, y hasta con un cierto apasionamiento, ha habido siempre un excesivo reparo antes de abordar unos temas que podrían suscitar reacciones encontradas. En conse-

cuencia, se han amortiguado las alusiones a las mentalidades y sentimientos religiosos. De ahí una historia de la Iglesia que ha tendido a hacerse desde unos parámetros excesivamente institucionales.

Sin embargo, resulta casi inútil decir que los sentimientos religiosos han tenido en muchas ocasiones una influencia decisiva en muchos campos de la actividad humana. Esa influencia se ha traducido, en unos casos, en un abusivo protagonismo de las instituciones eclesásticas en actividades que no le competían, o en otros casos, en el afán que algunos simples fieles tuvieron de erigirse en portavoces exclusivos de las instituciones eclesásticas. Cualquiera de estos dos comportamientos han sido frecuentes en nuestro pasado común y han permitido que se pudiera hablar de una fuerte corriente clerical.

Pero la reacción a este tipo de comportamientos no podía dejar de producirse y el anticlericalismo tuvo desde muy antiguo en España una virulencia acorde con lo extendido de los abusos que trataba de combatir.

Esa doble presión —clericalismo, anticlericalismo— ha tenido una importancia notable en nuestro pasado y es un factor imprescindible para comprender el papel de la religión en una comunidad nacional como la española, que si se atienden exclusivamente los aspectos formales podría catalogarse de católica en su casi totalidad.

Es claro que un tema como éste resulta especialmente idóneo para la pluma de Caro Baroja, que ya ha dado muestras muy brillantes de su interés por estos campos de investigación. Sus estudios sobre *Las formas complejas de la vida religiosa* (Madrid, 1978) y *De la superstición al ateísmo* (Madrid, 1974), aunque no enteramente coincidentes en cuanto a la temática, así lo acreditan. Se trata de trabajos en los que la pericia del antropólogo permite llegar a muy lúcidas interpretaciones en las relaciones que se establecen entre religión y sociedad y el reflejo que esas relaciones tuvieron sobre los caracteres de nuestros antepasados.

Pero el libro que hoy nos ocupa responde también al interés de quien con este tipo de reflexiones trata de brindar

puntos de vista que faciliten el entendimiento entre los que tenemos un pasado común y que aún podemos encontrar en nuestros días los frutos de ese juego de incomprendiones. Un libro que trata de acumular informaciones sin ánimo de ajustarla a ningún modelo preconcebido, porque el autor recela del exceso de interpretación que se da en alguna de nuestra historiografía actual. Un exceso que, a fuerza de querer asimilar los hechos a los modelos preconcebidos, le parece más propio del arte de la corsetería que de cualquier otro.

El libro trata de ser, como indica el autor, una obra sencilla que se redactó en forma de cartas hace unos diez años, y que entroncó más tarde con los objetivos de un equipo de investigación dirigido por el padre Miguel BatUori. Venían a coincidir así en el interés por el fenómeno del anticlericalismo, de una parte, un equipo en el que intervenían varios sacerdotes, y de otra, un investigador que se presenta como procedente de una familia «anticlerical en esencia». El carácter simbólico de superación de viejos antagonismos no podía quedar puesto en mayor evidencia.

En la presentación que hoy se nos ofrece, la forma epistolar ha desaparecido, aunque queda reflejo de ella en la excesiva brevedad de los capítulos. En ellos se hace una descripción de las manifestaciones del anticlericalismo, que son ya muy claras en los testimonios literarios del Arcipreste de Hita o del canciller Ayala.

Ciertamente no hubiera sido difícil para el autor encontrar manifestaciones aún más primitivas, pero esto hubiera escapado al objetivo del ensayista, que no era otro que el de marcar las diferencias entre las manifestaciones anticlericales del medievo y de buena parte de la época moderna —en las que se atacaban las personas, pero no se ponía en duda la dignidad de las instituciones— y las manifestaciones, mucho más radicales, del anticlericalismo de nuestros días.

Se trata en cualquier caso de una diferencia que no debe llevar a la separación de ambos fenómenos, pues, como el autor señala, fue precisamente el aumento cuan-

titativo de la crítica el que llevó a ese cambio cualitativo que se podía considerar perfilado en la segunda mitad del siglo XVIII.

De entonces a hoy, el anticlericalismo transitó en el vehículo que le proporcionaron tanto los movimientos liberales como el movimiento obrero, aunque esta segunda vinculación no haya sido tan claramente subrayada por el autor. De ahí que el autor haya prestado una especial atención a las formas religiosas de las que se revistió el liberalismo en su lucha contra los clericales, hasta el punto de erigirse en una completa alternativa de la institución que decía combatir. También son muy sugerentes las observaciones sobre los orígenes intelectuales dieciochescos de las tensiones políticas que se dieron en la España contemporánea, así como las constantes referencias al papel de la

educación —y las diferencias de ella entre los dos sexos— para la configuración de estas mentalidades encontradas en el ámbito religioso.

El autor no ha tratado desde luego de hacer una investigación exhaustiva ni un trabajo de gran fuste. Se trata de una reflexión divulgadora en la que el autor no ha querido someterse a la esclavitud de la cita bibliográfica de lo último publicado, sino que se asienta sobre el trabajo y la reflexión de muchos años. De ahí la importancia de un libro en el que se nos pone en guardia ante la persistencia de los estereotipos en este campo, pues —como el autor advierte— «si la repetición de lugares comunes resulta siempre aburrida, el hecho de que los lugares comunes produzcan guerras civiles y acciones feroces ya no es aburrido: es amedrentador y trágico».

APUNTES DE UN NUEVO PRESIDENTE

LORENZO LÓPEZ SANCHO

François Mitterrand: *ici et maintenant*. «Le livre de poche», núm. 5.528. París, Librairie Arthème Fayard, 1980; 308 págs.

Con admirable sentido de la oportunidad, François Mitterrand, hombre político de larga historia, ex ministro, líder del Partido Socialista francés, dos veces candidato a la Presidencia de la República, prepara, en colaboración con el periodista Guy Classe, redactor político en la emisora de radio «Europa núm. 1», este libro de forma coloquial titulado *Id et maintenant*, que por su rápida e intensa difusión y por el rigor de su contenido tendrá que ser considerado como uno de los factores del reciente triunfo electoral que le ha llevado a la Presidencia de la República francesa.

Hay en la vida política francesa una larga nómina de grandes personajes que alternan el trabajo en las cosas del Estado con el ejercicio literario en alguna de sus formas. En los últimos decenios, por sólo citar dos ejemplos, Charles De Gaulle

con obras polémicas como *Le FU de l'épée*, motivo de sus discordias con el mariscal Pétain, o los dos grandes volúmenes de sus *Memorias de guerra*, *La llamada* y *La unidad*, o el ex ministro Alain Peyrefitte, autor de *Le mal franjáis*, dejando aparte a André Malraux, que es fundamentalmente y antes escritor que ministro. François Mitterrand, escritor no sólo de temas políticos, sino también de libros de intención literaria, hombre de sólida cultura que se refleja siempre en sus discursos de oratoria clasicista, bien construida y con frecuentes citas literarias, elige para componer *Id et maintenant*, la forma coloquial que más le conviene. Se trata de esbozar al mismo tiempo una especie de autobiografía justificativa de su larga carrera y evolución política, de formular el análisis de la llamada ruptura de la *gauche* francesa, de

hacer la más dura crítica del período presidencial y presidencialista de Giscard d'Estaing, su adversario electoral, y de exponer, junto a la posibilidad de instalar a Francia y a los franceses dentro de otro sistema de vida, lo que será su programa de gobierno tanto para la política interior como para las alianzas de Francia y frente a la situación internacional.

La materia de un libro tan complejo sale de quince horas de conversación con Guy Classe durante tres días, tras los cuales Mitterrand dedica durante todo el verano de 1980 doce horas diarias a ordenar esas respuestas y darles una forma literaria presidida por el rigor, la voluntad de claridad y un bien servido propósito de documentada precisión en el vasto panorama histórico-político que despliega.

El amplio panorama resulta parcelado en siete capítulos, el primero consistente en una recapitulación autobiográfica y política. Mitterrand declara que un lenguaje adulto y responsable es la única manera de hablar a los jóvenes, y recuerda que Clémenceau, tras treinta y cinco años de vida política, sólo llegó a ser ministro cuando tenía sesenta y cinco años, en tanto que él había sido ya ministro a los treinta y que no es culpable de ello, luego su tenacidad está apoyada por los acontecimientos. Desde el punto de vista doctrinal afirma que los cristianos fieles a su fe se reconocen en el socialismo y que la Iglesia se ha separado de las masas obreras, aunque reconoce que la Biblia nutrió su infancia. Anuncia ya su propósito de gobernar sin los comunistas, puesto que Moscú no quiere que se vea una experiencia socialista con participación comunista, y afirma que el PC español es uno de los que no disponen de entera libertad en relación con Moscú.

Más interesante y agresivo es su desmontaje del que llama «Estado-Giscard». Cuanto menos autoridad se tiene —dice respecto a éste—, más necesidad hay de poderes, y acusa al entonces presidente al final de su mandato de haber hablado de los problemas más que de haberlos cambiado. Hace una crítica dura de las Constituciones de la IV y la V República, y afirma que De Gaulle se contentaba con reinar apoyado en una suerte de legitimidad semejante a la que se atribuía

Bonaparte; Giscard —dice— ha llegado a concentrar en sí los tres poderes constitucionales más el de Información, y tener, de hecho, más poderes que el presidente de los Estados Unidos. Propone algunos cambios para la Constitución, entre ellos el de la duración del mandato presidencial. Siete años lo considera excesivo. Si siete ya es mucho, afirma, catorce es demasiado.

Pero donde da rienda suelta a una actitud denunciadora es al acusar a Giscard d'Estaing de tener diez rectores adictos de la veintena elegidos para las universidades, de haber liquidado los prefectos gaulistas sustituyéndolos incluso con miembros de su familia, de proveer multitud de cargos con personajes de su clan familiar y de dominar el Estado Mayor, el turismo, la enseñanza, el sector público del Estado con, precisión y acopio de nombres propios. La crítica es en esta parte especialmente rigurosa y preanuncio de la campaña electoral.

Denuncia con dureza los grandes escándalos giscardianos: el asesinato de De Broglie dos semanas después de haberse pasado a las filas de Chirac, aunque no cree que Poniatowski tuviera culpabilidad; la protección diamantina de Bokassa; el suicidio de Poulin con la escandalosa actitud del ministro Alain Peyrefitte, y la penetración en los medios informativos, en los que la Sofirad llega a tener el dominio económico de Radio Monte-carlo, Radio Andorra, Sud Radio e incluso «Europa núm. 1» mientras el presidente de Sofirad es un hombre de Giscard.

Ese capítulo es demoledor o anticipa las causas del abandono del «presidente candidato saliente» por una parte de sus electores y la posterior victoria de Mitterrand. En los siguientes anuncia sus propósitos de democratizar las empresas, hacer que los sindicatos cumplan su papel de negociadores, ir a una descentralización controlada y aumentar la difusión cultural.

Es importante la idea de dominar o regir el progreso poniendo la ciencia al servicio del hombre y la recusación de la actual política de alianzas francesas desde los acuerdos de Yalta. El margen hacia la guerra se estrecha constantemente, pronostica, y si la máquina de la URSS ra-

tea, los Estados Unidos, explica, se muestran inseguros y no merecen confianza. Existe, opina el político francés, la necesidad de afirmar unos nuevos poderes tranquilizadores y capaces de alejar la amenaza que suponen los desequilibrios actuales. Finalmente, el repaso a lo que llama «aires de fuera», puntos de tensión mundial, como Afganistán, Polonia, Oriente Medio, denota una rica información, y en muchos casos el conocimiento directo, personal, de los temas. Arabia Saudí le parece una de las claves tanto por su posición como por su influencia en el grave tema «petróleo-dólar», origen de delicadas complicaciones políticas y monetarias; advierte que China se ha convertido en un país de los *managers*, y en su conjunto enuncia con claridad el cambio meridiano que bajo su mandato dará Francia a la política interior y exterior, con

cuidado de no producir aceleraciones o trastornos en los acontecimientos.

Id et maintenant es un trabajo sólido, escrito con la tradicional claridad francesa, en el que se percibe el largo período de actividad política del autor, su concepto de lo que ha de ser una política social en un país industrializado y moderno de Occidente y una forma general en que no se prescinde, aunque se entienda de otro modo, de la idea de la *gran-deur* y de la primacía de Francia en el concierto europeo dentro de la política mundial. Libro de interesante lectura y muy iluminador de las causas que han llevado a Giscard d'Estaing a la derrota y, por primera vez en la V República, a un socialista a la presidencia del Estado. Mitterrand se ratifica buen teórico y escritor político. Le ha llegado la hora difícil de convertir en actos la doctrina.

LA EVIDENCIA DE UN FRACASO

PATRICIA JAUREGUI

Valéry Giscard d'Estaing: L'État de la France. París, Fayard, 1981.

Tras el fracaso electoral de Valéry Giscard d'Estaing, su libro *L'État de la France* cobra un nuevo sentido en el entorno francés y en el ámbito internacional. El ex-presidente detalla un programa ambicioso, optimista y práctico de marcado carácter electoralista con un lenguaje accesible y pragmático.

El prólogo, altamente iluminador de la teoría giscardiana, justifica reiteradamente los siete años de su mandato presidencial. Da cuenta y razón de las decisiones tomadas durante su gobierno y pone de relieve la importancia del esfuerzo y del trabajo individual y colectivo de todos los franceses para conseguir un resurgimiento de la política industrial, agraria y sectorial de la Francia de hoy. Destacamos la concepción elitista de Giscard respecto de la V República. Diseña un programa de acción futura basado en un planteamiento de urgencia electoral.

Cada tema abordado se presenta dividido en dos partes: una en que expone los principios políticos generales, y otra, en que constan los hechos realizados durante su mandato.

En el planteamiento general destaca su realismo frente a la crisis económica mundial, que califica de permanente y durable. Como factores de desequilibrio analiza la inflación, la desorganización del sistema monetario internacional y el aumento de precios de las materias primas. Este último punto será una constante preocupación a lo largo del texto, preocupación que le llevará a propugnar sobrias soluciones en materia de ahorro de energía y potenciación energética y eléctrica como solución al considerable aumento de los precios del petróleo. Insiste en su escasez y en la necesidad urgente de crear nuevos productos competitivos cara al mercado exterior. Para Giscard, el proble-

ma de la energía no es sólo una ley de mercado, sino la convicción de que cuando un producto escasea aumenta su precio, y cuando esto se produce se utiliza menos. De alguna manera se nos privaría de este bien, en este caso del petróleo. La disminución de su consumo a causa del precio provocará un paro creciente. Una mayor profesionalidad en los trabajadores es indispensable a la hora de reconquistar la política de seguridad en el empleo. La movilidad y reducción progresiva del tiempo de trabajo son indispensables a fin de promover nuevos puestos de trabajo. Aquí se deja ver claramente otro de los motivos de preocupación latente en el transcurso de la exposición del programa Giscard.

La compatibilidad y el equilibrio entre la demografía de Francia y sus recursos naturales es uno de los logros a alcanzar, y, para el ex-presidente, las soluciones sociales radicarían en la solidaridad y fraternidad de los conciudadanos entre sí, una mejor distribución de las riquezas y una disminución de las desigualdades sociales. Unido todo esto a problemas acuciantes, como la protección de libertades públicas e independencia de la magistratura, la mujer, la familia, Sanidad y Seguridad Social, la tercera edad, el régimen de prisiones, etc., resultaría un ambicioso programa social que Valéry Giscard plantea llana y serenamente.

Otro de los objetivos ideológicos importantes en este intento social de gobernabilidad sería el de la comunicación y participación de los trabajadores en la vida empresarial con la debida organización de sus obligaciones y derechos, subrayando la importancia de la empresa como comunidad humana. Apunta también Giscard hacia el reparto equitativo de los gravámenes fiscales, aunque sin grandes precisiones. Señala las condiciones insuficientes en que se encuentran diversas categorías de funcionarios (antiguos combatientes, militares, jubilados, etcétera), prometiendo una mayor ayuda estatal, y rechaza de plano el gigantismo que no propicie la comunicación social.

La puesta en marcha de todo este complejo y vasto programa de trabajo social presupone la indudable influencia de Francia como potencia económica y, a la vez,

su política de independencia de Europa. Como un serio aviso, Giscard formula la importancia de la política de desarrollo y de inversión para combatir la fuerte competitividad en materia de productos de exportación. Es evidente que hay que producir bienes de consumo siempre y cuando su exportación esté asegurada. Un papel predominante se concede a la investigación; a la concesión de créditos públicos y privados, manifestando el interés que el Estado demuestra por el desarrollo científico francés. Se ponen de manifiesto en este estudio la formación del hombre, de manera que llegue a poseer un espíritu crítico y juicio propio, alimentados con imaginación y sensibilidad intelectual y capacidad de abstracción, planteándonos la intención de Giscard de conseguir que la base del éxito de Francia, ante los ojos del mundo, resida en el espíritu de solidaridad y colaboración de todos los franceses en estas realizaciones.

La elevación del nivel cultural sólo merece un pequeño comentario en este análisis, dada la personalidad tecnócrata del autor. Sin embargo, comenta la necesidad de cultivar la educación y cultura de los jóvenes con el fin de frenar el desempleo y atenuar los posibles orígenes del paro.

La organización del territorio y adaptación de las estructuras en base a la elevación del nivel de vida, educacional e informativo parece ser decisivo para Valéry Giscard, que intenta conseguir una Francia de claro sentido pluralista y que sea, no sólo un país de libertades, sino el país de la libertad. El Estado, para administrar esta sociedad pluralista, no debe ser ni acaparador ni arbitrario. La reforma administrativa debe realizarse desde una perspectiva de desburocratización, respetando la legitimidad y la utilidad de la iniciativa privada. Debe llegar a ser una Administración sin trabas, que proteja e informe. Transfiriendo a las colectividades locales las atribuciones retenidas por el Estado centralista y desarrollando el asociacionismo, Francia asegurará su equilibrio. También deberá observar cuidadosamente la calidad de vida y medio ambiente.

En materia de defensa es absolutamen-

te indispensable que ese Ministerio se encuentre capacitado para asumir las eventuales circunstancias de combate a través de un compromiso popular y que esté dispuesto a enfrentarse con cualquier amenaza interna o externa, utilizando los tres ejércitos, un armamento nuclear óptimo y una policía muy cualificada. En cuanto a la política industrial, subraya la importancia de elaborar un ambicioso programa nuclear y de comunicaciones, poniendo a su vez de relieve la necesidad del desarrollo de la aeronáutica, de la informática y biotécnica.

Al llegar al capítulo agrícola, nos damos cuenta de la necesidad e importancia que tiene para Giscard congratularse con los agricultores franceses, ya que «la agricultura es el petróleo de Francia», según el autor. Estima que la agricultura francesa está abierta a un mercado de ciento ochenta millones de habitantes: los de la Comunidad Económica Europea, y reconoce el déficit en materia de industrias alimenticias y derivadas. Un punto interesante a destacar en lo que concierne al comercio y a la artesanía sería su amplio desarrollo en un futuro próximo, potenciando su formación, garantías sociales y su estatuto de empresa.

En la última parte del libro constatamos la constante defensa que Valéry Giscard efectúa primordialmente de los intereses de Francia, del mantenimiento de la paz en la seguridad y dignidad y la colaboración francesa en la organización del orden internacional. Con voluntad de independencia y seria práctica de solidaridad y cooperación, Giscard espera llegar a conseguir estos tres objetivos. Desarrolla brevemente las relaciones estabilizado-ras francesas en la política Este-Oeste y su participación en la Alianza Atlántica, así como su negativa rotunda al ingreso de Francia en la O. T. A. N. El diálogo Norte-Sur y el triángulo Europa-Arabia-Africa, producto de la descolonización, le

hacen considerar todas las alianzas como familias de naciones y se atreve a presumir un nuevo orden internacional. Presentará como soluciones a la paz en Oriente Medio el derecho a la seguridad del Estado de Israel y a la existencia del pueblo palestino. La unión económica y monetaria europea como objetivo, y la creación del Consejo de Europa, logro que ayuda a alcanzar este objetivo, son recalçadas de manera contundente. Insiste una vez más en la mejora de la política agrícola europea como base de relanzamiento de la actual economía francesa.

En los capítulos finales, en relación con los derechos del hombre, desarme y política nuclear, aporta algunas consideraciones subjetivas sobre el hecho de que Francia sea uno de los primeros países receptores de refugiados políticos, marcando la salvedad de que no acogerá en su seno a organizadores de actos violentos. El rearme mundial es nota preocupante; sin embargo destaca la necesidad de ampliar el presupuesto francés de defensa nacional para poder defender el derecho legítimo a la seguridad ciudadana.

Advertimos una ausencia voluntaria de profundización en temas fiscales, educativos, culturales y sanitarios y una total ausencia de comentarios en lo relativo al transporte, turismo y política pesquera.

Los temas que puedan preocupar a la España de hoy en sus relaciones con Francia, como, por ejemplo, el ingreso de España en la C. E. E., terroristas amparados en tierras francesas y mejora de la política turística y agropecuaria no encuentran solución en este libro, de claro perfil giscardiano, con algunas entonaciones gaullistas. Sin embargo, una profundización en su lectura puede servir de orientación y aclaración a algunos de los numerosos problemas planteados en Francia y en Europa en los últimos siete años del mandato presidencial de Valéry Giscard d'Estaing.